

La oración cristiana

JESÚS SASTRE

Este tema constituye la parte cuarta del *Catecismo de la Iglesia católica*; va de la página 555 a la 623 y ocupa el 11 por 100 de todo el catecismo. Se sitúa después de la «profesión de fe» (primera parte), la «celebración del misterio cristiano» (segunda parte), y «la vida en Cristo» (tercera parte). «Un catecismo debe presentar fiel y orgánicamente la enseñanza de la Sagrada Escritura, de la Tradición viva en la Iglesia y del Magisterio auténtico, así como la herencia espiritual de los Padres, de los santos y santas de la Iglesia, para permitir conocer mejor el misterio cristiano y reavivar la fe del Pueblo de Dios. Debe tener en cuenta las explicitaciones de la doctrina que el Espíritu Santo ha sugerido a la Iglesia a lo largo de los siglos. Es preciso también que ayude a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que, en el pasado aún no se habían planteado». (Const. Apost. *Fidei Depositum*, Juan Pablo II, n.º 3).

Es fundamental percibir la unidad del misterio cristiano y de su designio de salvación, y la centralidad de Jesucristo, Hijo único de Dios. En este contexto unitario, la oración en la vida de la fe trata del sentido e importancia de la oración en la vida de los creyentes (1.ª sección) y del comentario a las siete peticiones del Padrenuestro (2.ª sección).

«El acento de este catecismo se pone en la exposición doctrinal. Quiere, en efecto, ayudar a profundizar el conocimiento de la fe. Por lo mismo está orientado a la maduración de esta fe,

su enraizamiento en la vida y su irradiación en el testimonio» (Cf. CT. 20-22; 25. Prólogo n.º 23). Las adaptaciones en el contenido, en el método y según las exigencias culturales, de edades o de situaciones corresponden a los catecismos de cada lugar y a los responsables de la catequesis. Y «por encima de todo, la Caridad»: «Toda la finalidad de la doctrina y de la enseñanza debe ser puesta en el amor que no acaba. Porque se puede muy bien exponer lo que es preciso creer, esperar o hacer; pero sobre todo se debe siempre hacer aparecer el Amor de Nuestro Señor a fin de que cada uno comprenda que todo acto de virtud perfectamente cristiano no tiene otro origen que el Amor, ni otro término que el Amor» (*Catech. R.*, prefacio, 10).

1. Estructura de la cuarta parte del Catecismo

PRIMERA SECCION: «*La oración en la vida cristiana*»

- El cristiano cree, celebra y vive desde una relación viviente y personal con Dios.
- La oración como don, alianza y comunión.

Cap. I. *La revelación de la oración y la llamada universal a la oración.*

Art. 1. En el A. T.

Art. 2. En la plenitud de los tiempos:

- Contemplando a Jesús en oración.
- Escuchando cómo nos enseña a orar.
- Cómo acoge nuestra plegaria.

Art. 3. En el tiempo de la Iglesia:

- La bendición y la adoración.
- La oración de petición.
- La oración de intercesión.
- La oración de acción de gracias.
- La oración de alabanza.

Cap. II. *La tradición de la oración*

- Art. 1. Las fuentes de la oración
- Art. 2. El camino de la oración.
- Art. 3. Maestros y lugares de oración.

Cap. III. *La vida de oración.*

- Art. 1. Las expresiones de la oración:
 - La oración vocal.
 - La meditación.
 - La oración contemplativa.
- Art. 2. El combate de la oración:
 - Las objeciones a la oración.
 - Necesidad de una humilde vigilancia.
 - La confianza filial.
 - Perseverar en el amor.
 - La oración de la Hora de Jesús.

SEGUNDA SECCION: «*La oración del Señor: 'Padre Nuestro'*».

- Art. 1. «Resumen de todo el Evangelio»:
 - Corazón de las Sagradas Escrituras.
 - «La oración del Señor».
 - Oración de la Iglesia.
- Art. 2. «Padre nuestro que estás en el cielo»:
 - Acercarse a El con toda confianza.
 - «¡Padre!».
 - Padre «nuestro».
 - «Que estás en el cielo».
- Art. 3. Las siete peticiones:
 - Santificado sea tu nombre.
 - Venga a nosotros tu reino.
 - Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
 - Danos hoy nuestro pan de cada día.

- Perdona nuestra ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.
- No nos dejes caer en la tentación.
- Y líbranos del mal.

La doxología final y el Amén.

Teniendo en cuenta los títulos de las dos secciones, los enunciados de los capítulos y los contenidos de los artículos, podemos decir que la estructura de la cuarta parte del *Catecismo de la Iglesia católica* es bastante completa y bien articulada.

El prólogo del Catecismo parte de una afirmación importantísima: «Dios infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada». (n.º 1) En consecuencia, la vida del hombre consiste en conocer y amar a Dios; la iniciativa de Dios y la respuesta del hombre encuentran en Jesucristo la explicitación plena, total y definitiva. Este enunciado es la columna vertebral de la parte dedicada a la oración en la vida cristiana. Así lo expresa el capítulo 1.º: «La revelación de la oración y la llamada universal a la oración». El hombre busca a Dios, pues tiene «el deseo de Aquel que le llama a la existencia», incluso después de haber pecado. Esto es posible porque Dios es quien llama primero. «Olvide el hombre a su Creador o se esconda lejos de su faz, corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberlo abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración, la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. A medida que Dios se revela, y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de Alianza. A través de palabras y de acciones, tiene lugar un trance que compromete el corazón humano. Este se revela a través de toda la historia de la salvación». (n.º 2567).

La pedagogía de iniciación a la oración que de lo anterior se deriva es tenida en cuenta en el capítulo II: «La tradición de

la oración», y en el capítulo III: «La vida de oración». También aparece en la segunda sección dedicada al Padre Nuestro como «resumen de todo el Evangelio», es decir, como corazón de las Escrituras, oración del Señor y oración de la Iglesia.

2. ¿Qué es la oración?

El Catecismo parte de la definición de Santa Teresa del Niño Jesús: «Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría». (ms. autob. C 25r).

- La oración brota de la humildad para acoger el «don de Dios» (Jn. 4,10). «La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de El». (Cfr. S. Agustín, *quaest.* 64, 4; n. 2560). Nuestra oración, incluida la de petición, siempre es respuesta al Dios vivo.
- Se ora desde el corazón; mejor, es el corazón el que ora. Corazón en sentido bíblico es el lugar de la decisión, de la verdad, de lo profundo de las tendencias psíquicas y del encuentro.
- Por el Bautismo somos un ser en Cristo (Cfr. *Rom.* 6,5), gracia del Reino que comunica la vida de la Trinidad y la fraternidad universal. La oración cristiana así es comunión con Cristo y con la Iglesia según el Amor del Señor (Cfr. *Ef.* 3,18-21).

2.1. La revelación de la oración

«La revelación de la oración en el A. T. se encuadra entre la caída y la elevación del hombre, entre la llamada dolorosa de Dios a sus primeros hijos: «¿Dónde estás?... ¿Por qué lo has hecho?» (Gn. 3,9-13) y la respuesta del Hijo único al entrar en

el mundo: «He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad» (Hb. 10, 5-7). De este modo, la oración está unida a la historia de los hombres; es la relación a Dios en los acontecimientos de la historia humana» (n.º 2568).

El marco referencial como planteamiento de la base bíblica de la oración es acertado y muy sugerente por el dinamismo que encierra y las referencias concretas a los acontecimientos históricos. Parte de la creación como fuente de la oración, pero enseguida afirma que en el A. T. la oración se revela sobre todo a partir de Abraham (promesa), Moisés (oración del mediador y misión liberadora), David (oración como adhesión fiel, confianza gozosa y preocupación por el pueblo), Elías y los profetas (oración y conversión del corazón) y los Salmos (oración de la asamblea). En estos apartados el Catecismo hace un esfuerzo por relacionar lo propio de la oración del A. T. con la del N. T. y cristologizar el uso de textos del A. T.

El paso del A. T. a la plenitud de los tiempos se hace con esta introducción: «El drama de la oración se nos revela plenamente en el Verbo que se ha hecho carne y que habita entre nosotros. Intentar comprender su oración, a través de lo que sus testigos nos dicen en el Evangelio, es aproximarnos a la santidad de Jesús Nuestro Señor como a la zarza ardiendo: primero contemplando a El mismo en oración y después escuchando cómo nos enseña a orar, para conocer finalmente cómo acoge nuestra plegaria» (n.º 2598).

- *Contemplar a Jesús en oración.* Este apartado es amplio, tratado con precisión y descriptivo-motivacional al presentarnos cómo Jesús ora antes de los momentos decisivos, cómo Jesús se retira a la soledad de la montaña, y su oración con los hombres y en favor de ellos. En este apartado se comentan las dos oraciones más explícitas de Cristo en su vida y que conservan los Evangelios (Mt. 11,25-27; Lc. 10,21-23 y Jn. 11-41-42). Todo esto le lleva a Jesús a vivir como una misma cualidad la oración y la entrega.
- El Catecismo afirma con nitidez cómo «el camino teológico de nuestra oración» es la oración de Jesús al Padre. Este

itinerario al Padre viene marcado por la conversión, la adhesión filial a Dios, la audacia filial para pedir, la aceptación de la voluntad de Dios y la vigilancia atenta para acoger a Aquel que «es y que viene».

Se comentan las tres parábolas sobre la oración: el amigo inoportuno (*Lc.* 11,5-13), la viuda inoportuna (*Lc.* 18-1-8) y el fariseo y el publicano (*Lc.* 18,9-14). También se hace referencia al discurso-oración de despedida de Jesús. La meta es unir nuestra oración a la de Jesús para que el Padre nos envíe el Espíritu Santo.

- Jesús siempre escucha la oración que a El se dirige con palabras, en el silencio, en las lágrimas, en la mirada, etc. El Catecismo alude al magnífico texto de San Agustín recogido en el n.º 7 de la *I.G.L.H.*: Jesús «ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a El se dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en El nuestras voces; y la voz de El, en nosotros» (*Sal* 85,1).
- Alusión a la oración de la Virgen María. Las características de su oración son: coopera en el comienzo de la Iglesia. Con fe y humildad se deja sorprender por Dios que la «llena de gracia» y responde con el FIAT «confianza y disponibilidad», para «ser todo de él, ya que El es todo nuestro» (Cfr. n.º 2617).

María intercede por nosotros ante su Hijo y proclama el Magnificat, cántico de María y del Nuevo Pueblo de Dios, acción de gracias y cántico de los «pobres» que han visto respondida su esperanza.

2.2. En el tiempo de la Iglesia

Este apartado parte de Pentecostés y de la experiencia vivida por las primeras comunidades. El Espíritu constituye a la Iglesia, recuerda todo lo que Jesús dijo e hizo y es el maestro de oración. Las referencias son *Hch.* 1,14; *Hch.* 2,42 y *Lc.* 24, 27.44.

«Las formas de la oración, tal como las revelan los escritos apostólicos canónicos, siguen siendo normativas para la oración cristiana» (n.º 2625). Estas formas dan vida y se desarrollan en las tradiciones espirituales y litúrgicas de la Iglesia.

- En la oración de Bendición el hombre puede bendecir porque Dios ha salido a su encuentro. La primera actitud del creyente es la adoración en humildad y silencio.
- «La oración de Petición tiene por objeto el perdón, la búsqueda del Reino y cualquier necesidad verdadera» (n.º 2646).
- La oración de Intercesión nos acerca mucho a la oración de Jesús. Se intercede cuando se ora por otros como expresión de la comunión de los santos. Se pide incluso por los enemigos y los que rechazan el Evangelio.
- «En todo dad gracias» (1 Ts. 5,18). Tanto las alegrías como las penas son motivo de Acción de Gracias. La acción de Gracias por excelencia es la Eucaristía.
- «La alabanza es la forma de orar que reconoce de la manera más directa que Dios es Dios. Le canta por El mismo, le da gloria no por lo que hace, sino por lo que El es. Participa en la bienaventuranza de los corazones puros que le aman en la fe antes de verle en la gloria... La alabanza integra las otras formas de oración y las lleva hacia Aquel que es su fuente y su término: «un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y por el cual somos nosotros» (1 Co 8,6)» (n.º 2639).

La Eucaristía incluye todos los tipos de oración y es «el sacrificio de alabanza» en las tradiciones de Oriente y de Occidente.

3. Lo que aporta la tradición de la oración

Saber lo que la revelación dice sobre la oración no es suficiente; se necesita querer orar y aprender a orar en el seno de la

«Iglesia creyente y orante» (D.V. 8). La tradición de la oración es una de las partes y una de las formas de la Tradición de la fe.

El Catecismo con este planteamiento como punto de partida de la contemplación y reflexión de los creyentes hace una clara alusión a la constitución D.V. del Vaticano II, y de manera especial al número 8 del documento sobre la Revelación.

Las tres grandes aportaciones de la tradición de la oración expresadas en el Catecismo son:

- Las *fuentes* de la oración: la Palabra de Dios, la Liturgia de la Iglesia, las virtudes teologales (fe, esperanza y amor) y el «hoy» (acontecimientos de cada día).
- El *camino* de la oración: «la santa humanidad de Jesús es, pues, el camino por el que el Espíritu Santo nos enseña a orar a Dios nuestro Padre» (n.º 2664) en la Iglesia con la Madre de Jesús.

Las Iglesias viven la oración a la Madre de Dios, centrada en la persona de Cristo revelada en sus misterios. Esta oración mariana «engrandece» al Señor por las «maravillas» obradas por Dios en María y en toda la humanidad, y confía a la Madre de Jesús todo lo que vive la humanidad. Este doble movimiento aparece de manera privilegiada en la oración del Avemaría.

- Los *maestros y lugares* de oración.

Los «santos» con su intercesión prestan el mejor servicio al proyecto salvador de Dios.

El carisma personal de los testigos ha generado espiritualidades en la historia de la Iglesia; la confluencia de las diversas corrientes litúrgicas, teológicas y espirituales son «guías» para los fieles y manifiestan en su diversidad la «única Luz del Espíritu Santo».

Entre los servidores de la oración, el Catecismo cita a la familia cristiana, los ministros ordenados, religiosos/as contemplativos, las catequesis, los grupos de oración («escuelas de oración») y la dirección espiritual.

- Los *lugares* más favorables para la oración litúrgica, la oración comunitaria y la oración personal.

4. La vida de oración

El creyente sabe que Dios es «nuestra Vida y nuestro Todo»: por eso «es necesario acordarse de Dios más a menudo que de respirar» (San Gregorio Nacianceno, *or. theol.* 1,4). «Pero no se puede orar «en todo tiempo» si no se ora, con particular dedicación, en algunos momentos: son los tiempos fuertes de la oración cristiana, en intensidad y en duración» (n.º 2697). El año litúrgico y sus fiestas, la celebración dominical de la Eucaristía, la oración de la mañana y de la tarde, y antes y después de las comidas, son los momentos fundamentales de la vida de oración.

El Catecismo afirma la iniciativa de Dios que conduce a cada persona por donde y como El quiere, y la respuesta que cada creyente da desde el corazón en su vida de oración. «No obstante, la tradición cristiana ha conservado tres expresiones principales de la vida de oración: la oración vocal, la meditación y la oración de contemplación. Tienen en común un rasgo fundamental: el recogimiento del corazón. Esta actitud vigilante para conservar la Palabra y permanecer en presencia de Dios hace de estas tres expresiones tiempos fuertes de la vida de oración» (n.º 2699).

4.1. *Expresiones de la vida de oración*

- *La oración vocal.* Dios habla al hombre y por la palabra la oración se expresa. Este tipo de oración es indispensable en la vida cristiana, y Jesús ora de esta manera en repetidas ocasiones. Se reza con todo el ser y los sentimientos necesitan ser concretados. Es oración propia de las multitudes, y se hace interior a medida que tomamos conciencia de Aquel «a quien hablamos» (Sta. Teresa de Jesús, *Cam.* 26). De esta forma la oración vocal se hace oración contemplativa.

- *La meditación.* El Catecismo define esta expresión de oración como la búsqueda del porqué y cómo de la vida cristiana para adherirse «a lo que Dios nos pida». Se hace con ayuda de algún texto significativo, lo meditado se aplica a la vida y se disciernen los sentimientos del corazón para terminar preguntándose: «Señor, ¿qué quieres que haga?».

El método es una guía y el maestro de oración es el Espíritu Santo. La meditación pone en juego las ideas, la imaginación, los sentimientos y el deseo. En sí misma es valiosa, pero debe apuntar al «conocimiento interior» de Jesucristo y a la comunión con El.

- *La contemplación.* Para Santa Teresa orar es «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida* 8). La contemplación «busca al amado» y centra «la mirada en el señor». Según el Catecismo, la oración de contemplación supone:

- Dedicar tiempo a la contemplación y contemplar en todas las condiciones de la vida, pues se ora desde el corazón.
- Se entra en la contemplación «recogiendo» el corazón, como en la liturgia eucarística.
- Es una gracia que se acoge en humildad y pobreza. Es propia del pecador perdonado, que en amor quiere entregarse totalmente.
- Es mirada de fe, como decía el cura de Ars: «Yo le miro y él me mira». Desde ahí se da una escucha activa de la Palabra de Dios que invita a participar en el «sí» del Señor y el «fiat» de María.
- La contemplación es «amor silencioso» (San Juan de la Cruz). «Las palabras en la oración contemplativa no son discursos, sino ramillas que alimentan el fuego del amor» (n.º 2717).

4.2. *Vida y oración mutuamente implicadas*

El otro aspecto importante en la vida de oración que trata el Catecismo es «el combate de la oración». Es algo constante en la revelación bíblica y en la tradición espiritual de la Iglesia. Esto es así por dos razones: se ora según se vive y se vive según se ora: es decir, el «combate espiritual» en la vida cristiana es inseparable del combate de la oración.

— *El Catecismo habla de objeciones a la oración:*

- Los conceptos erróneos sobre la oración: simple mecanismo psicológico, palabras rituales, no es compatible con el resto de la vida y es simple esfuerzo humano.
- *Las «mentalidades» del mundo:* lo verdadero es lo empírico, importa lo que rinde, la comodidad es el supremo criterio y la oración es evasión de los problemas del mundo.
- *Los «fracasos en la oración»:* desaliento, tristeza por el desprendimiento de bienes materiales, decepción por no ser escuchados, orgullo herido y dificultad en admitir la gratuidad de la oración.

Estas dificultades llevan a preguntarse: ¿Para qué orar?

— *Las dificultades para un buena oración según el Catecismo son las siguientes:*

- *La distracción* revela al que ora los apegos del corazón. Tomar conciencia de ello es el camino de la purificación del corazón.
- *«El yo posesivo y dominador»* pide vigilancia porque el Señor puede llegar en cualquier momento.
- *La sequedad.* Es la falta de gusto por todo, incluso por lo espiritual. Mantenerse aquí indica fe profunda. También la sequedad puede indicar ausencia de conversión.

— *Las tentaciones más importantes y frecuentes en la vida de oración son:*

- *La «falta de fe».* Se expresa más de forma práctica que teórica. Si al ponerse a orar se presentan muchas tareas y preocupaciones como preferentes, hay poca fe y el corazón está dividido.
- *La «acedía».* «Los Padres espirituales entienden por ella una forma de aspereza o desabrimiento debidos a la pereza, al relajamiento de la ascesis, al descuido de la vigilancia, a la negligencia del corazón» (n.º 2733). El humilde asume su pobreza en confianza y así supera esta tentación.

4.3. *La actitud fundamental para la oración*

Según el Catecismo, la actitud fundamental para la oración es «la confianza filial»; cuando tenemos la impresión de que la oración no ha sido escuchada se plantean dos cuestiones: por qué la oración no ha sido escuchada, y cómo será «eficaz».

- *Para ser escuchados hay que ser constantes y pedir según «el deseo de su Espíritu».* «No te aflijas si no recibes de Dios inmediatamente lo que pides; es El quien quiere hacerte más bien todavía mediante tu perseverancia en permanecer con El en oración (Evagrio, *or.* 34). El quiere que nuestro deseo sea probado en la oración. Así nos dispone para recibir lo que él esta dispuesto a darnos» (San Agustín, ep. 130, 8, 17).
- *La fe del cristiano se fundamenta en la «acción de Dios» en la vida e historia de los hombres.* «La confianza filial es suscitada por medio de su acción por excelencia: la Pasión y la Resurrección de su Hijo. La oración cristiana es cooperación con su Providencia y su designio de amor hacia los hombres» (n.º 2738). La oración de Jesús es el modelo de la oración eficaz, pues ora con nosotros, en nuestro lugar y para nuestra salvación. La oración de la Hora de Jesús, su oración sacerdotal es el ejemplo mejor de todo lo dicho. La conclusión a la que llega el Catecismo en el capítulo tercero sobre la vida de oración es la de «perseverar en el amor», pues orar

es «siempre posible», es una «necesidad vital» y oración y vida cristiana van siempre unidas. Por eso termina con texto de Orígenes: «Ora continuamente el que une la oración a las obras y las obras a la oración. Sólo así podemos encontrar realizable el principio de la oración continua» (Or. 12).

5. Comentario al «Padre Nuestro»

Este comentario constituye la segunda sección de la parte cuarta del Catecismo. Consta de un comentario global al Padre Nuestro y del comentario a cada una de las siete peticiones. El Padre Nuestro es la respuesta a la petición de los apóstoles y se llama «dominical» porque viene del señor.

El marco de las peticiones concretas es la consideración de la oración del Señor como «resumen de todo el Evangelio» por estar en el corazón de las Escrituras, ser la oración del Señor y la oración de la Iglesia que desde el principio la incluyó en la liturgia, los sacramentos y la oración común. En la Eucaristía el Padre Nuestro expresa también «el carácter escatológico de sus peticiones», propia de los «últimos tiempos», que han comenzado con Pentecostés. Las peticiones concretas «expresan los gemidos del tiempo presente, este tiempo de paciencia y de espera durante el cual «aún no se ha manifestado lo que seremos» (1Jn. 3,2; Cf. Col. 3,4). La Eucaristía y el Padre Nuestro están orientados hacia la venida del Señor, «¡hasta que venga!» (1Col. 11,26) (n.º 2772).

5.1. «Padre Nuestro que estás en el cielo»

En la liturgia romana el Padre Nuestro viene precedido de una introducción audaz: «Fieles a la recomendación del Salvador, nos atrevemos a decir». La actitud para orar como el Señor nos ha enseñado es la de confianza total.

— La invocación a Dios como Padre entronca en la revelación de Jesucristo y en la gracia del Bautismo que nos hace hijos

adoptivos de Dios. Esta oración nos pone en comunión con Dios y nos revela a nosotros mismos (Cf. G.S. 22,1), creados a su imagen y semejanza. El Padre Nuestro sólo se puede rezar con corazón sencillo y confiado, pues el Padre se revela a «los pequeños» (Cf. Mt. 11,25).

- «Padre Nuestro» se refiere a Dios. Este adjetivo, por nuestra parte, no expresa una posesión, sino una nueva relación con Dios» (n.º 2786); al Padre vamos por medio de Cristo en el Espíritu Santo. «La Iglesia es esta nueva comunión de Dios y de los hombres: unida con el Hijo único hecho «el primogénito de una multitud de hermanos» (Rom. 8,29) se encuentra en comunión con un solo y mismo Padre, en un solo y mismo Espíritu (Cf. Ef. 4,4-6). Al decir Padre «nuestro», la oración de cada bautizado se hace en esta comunión: «La multitud de creyentes no tenía más que un solo corazón y una sola alma» (Hch. 4,32) (n.º 2790). En este sentido la oración del Padre Nuestro participa de la oración de Jesús por la unidad (Cf. U.R. 8; 22) y de la voluntad salvífica de Dios que quiere que todos los hombres se salven y «estén reunidos en la unidad» (Jn. 11,52).
- «Que estás en el cielo» no designa un lugar sino el «más allá de todo» lo que el hombre pueda pensar de la santidad de Dios, la presencia de Dios en el corazón de las personas justas, y la patria hacia la que vamos porque ya nos pertenece.

5.2. Las siete peticiones

Siete peticiones, siete bendiciones, dice el Catecismo. «Las tres primeras más teologales nos atraen hacia la Gloria del Padre; las cuatro últimas, como caminos hacia El, ofrecen nuestra miseria a su Gracia. 'Abismo que llama al abismo' (Sal. 42,8)» (n.º 2803).

- «Santificado sea tu nombre», revelado en la historia de salvación en la que estamos y a la que están llamados todos y cada uno de los humanos.

- «Venga a nosotros tu Reino». Mirada escatológica que pide la plenitud del Reino aquí y ahora, en los acontecimientos actuales.
- «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Pedimos al Padre que nuestra voluntad sea la de Jesús para que el proyecto salvador avance.
- «Danos hoy nuestro pan de cada día».
 - *Danos* expresa confianza y alianza en pedir para todos los hombres.
 - *Nuestro pan*. Es el pan material y el Pan de la Vida: Palabra y Cuerpo de Cristo. «Se trata de «nuestro» pan, «uno» para «muchos»: «La pobreza de las Bienaventuranzas entraña compartir los bienes: invita a comunicar y compartir bienes materiales y espirituales, no por la fuerza sino por amor, para que la abundancia de unos remedie las necesidades de otros» (Cf. 2 Co. 8, 1-15)» (n.º 2833).
 - *Hoy*. Es el Hoy de Dios y también el hoy de los hombres. «Si recibes el pan de cada día, cada día para ti es hoy. Si Jesucristo es para ti hoy, todos los días resucita para ti. ¿Cómo es eso? 'Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy' (Sal. 2,7). Hoy, es decir, cuando Cristo resucita» (San Ambrosio, *Sacr.* 5,26).
 - *De cada día*. Indica confianza «sin reserva» para recibir lo necesario para la subsistencia y «lo más esencial», el Pan de Vida, «remedio de inmortalidad» (S. Ignacio de Antioquía). «Día» es el día del Señor, el de la plenitud del Reino que se anticipa en la Eucaristía.
- «Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden».

La Redención de Cristo es «para la remisión de los pecados»; nuestra petición mira al futuro, pero exige una condición en el pasado: «como». La inabarcable misericordia de Dios sólo penetra nuestro corazón si perdonamos y amamos al hermano. Sobre esta exigencia radical se habla en el Sermón de la Montaña.

- El «como» del perdón a los hermanos se nutre del amor con que Jesucristo nos ha amado (*Jn. 13,34*).
 - «No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión» (n.º 2843). La oración cristiana llega al perdón de los enemigos (Cf. *Mt. 5, 43-44*).
- «No nos dejes caer en la tentación». «Dios no es tentado por el mal ni tienta a nadie» (*St. 1,13*); porque quiere preservarnos del mal le pedimos «el Espíritu de discernimiento y de fuerza» para no entrar en la senda que lleva al consentimiento del pecado. Podemos vivir con confianza porque «no habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resisitir con éxito» (*1 Co. 10,13*). De nuestra parte ponemos vigilancia y perseverancia.
- «Y líbranos del mal». En la oración sacerdotal Jesús dijo: «No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno» (*Jn. 17,15*). Y en la Plegaria Eucarística IV proclamamos que la creación entera «será liberada del pecado y de la muerte». «Con la liberación de todos los males que abruman la humanidad, implora el don precioso de la paz y la gracia de la espera perseverante en el retorno de Cristo. Orando así, anticipa en la humildad de la fe la recapitulación de todos y de todo en Aquel que «tiene las llaves de la Muerte y del Hades» (*Ap. 1,18*), «el Dueño de todo, Aquel que es, que era y que ha de venir» (*Ap. 1,8*; Cf. *Ap. 1,4*)» (n.º 2854). A esto se refiere el Embolismo del Misal Romano: «Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Señor Jesucristo.
- La Doxología final «Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre Señor» retoma las tres primeras peticiones

del Padre Nuestro. Con todo, se hace como acción de gracias y adoración, «como en la Liturgia celestial».

«Después, terminada la oración, dices: Amén, que significa 'Así sea' (Cf. Lc. 1,38), lo que contiene la oración que Dios nos enseñó» (San Cirilo de Jerusalén, *catech. myst.* 5,18) (Cf. n.º 2856).

6. Comentario a la cuarta parte del Catecismo

Al comenzar este artículo hemos hecho una valoración global del tema de la «oración cristiana» en el *Catecismo de la Iglesia católica*. La valoración ha sido positiva, tanto en la estructura como en los contenidos y el talante de la exposición. La cuarta parte del Catecismo sin perder la relación con las otras partes y formando unidad armónica con las mismas, tiene un talante más vital, experiencial y psicopedagógico que los otros grandes núcleos de la fe, el credo, los sacramentos y la moral.

Teniendo como marco referencial esta valoración y las que se han incluido en cada sección, capítulo y artículo de la parte dedicada a la oración, vamos a hacer algunos comentarios críticos más concretos y específicos. En los puntos anteriores de este escrito he procurado sintetizar lo más importante de lo que el Catecismo dice sobre la oración —en bastantes párrafos con sus propias palabras—, de forma tal que se vieran las afirmaciones teológico-bíblicas más importantes, el desarrollo de las mismas y las implicaciones para la praxis oracional de los cristianos. El recorrido por estas páginas ha sido gozoso, interesante y vivificador.

Veamos a continuación otros aspectos críticos complementarios y matizadores de la valoración global:

1.º *En relación con otros Catecismos para Adultos de diferentes episcopados*

El Catecismo Holandés y el Catecismo Italiano tratan el tema de la oración en dos momentos: El Señor nos enseña a orar

y la oración del cristiano. El tratamiento es rico y sugerente. No tratan el tema de la oración en una sección aparte, sino como elemento integrante de un tema bíblico-teológico dentro del esquema global del catecismo que sigue la Historia de Salvación. *El Catecismo de la Iglesia católica* trata el tema de la oración como una de las cuatro partes clásicas y tradicionales en los catecismos. Con todo, recoge los mejores hallazgos que están en los otros catecismos, da un tratamiento sugerente y pedagógico para el creyente actual y la amplitud dada a la oración es considerablemente mayor que en otros catecismos. El Catecismo Alemán trata el tema de la oración de forma muy breve, como expresión de la fe en Dios y en la primera parte del Catecismo: Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo. Igualmente podíamos decir del Catecismo Belga que no trata directamente el tema de la oración, aunque incluye un índice de plegarias, algunas comentadas brevemente. El Catecismo Francés trata la oración en el capítulo de «La Ley de vida de la Nueva Alianza» cuando habla de itinerarios para vivir en el amor (mandamientos) al hablar del primer mandamiento y de forma breve; también comenta la oración de forma no sistemática al hablar de Jesús, la Iglesia y la Liturgia.

De este somero estudio comparativo podemos concluir que el tratamiento del tema está mejor hecho en todos los aspectos en el *Catecismo de la Iglesia católica*. Hay un aspecto en que no está mejor tratado, y es el que depende de que el Catecismo siga con mayor o menor profundidad el esquema propio de la Historia de Salvación.

2.º Según la relación del tratado sobre la oración con las tres partes anteriores del Catecismo

La constitución apostólica *Fidei Depositum* y el Prólogo del Catecismo insisten en la unidad del misterio cristiano y del designio salvador de Dios desde la centralidad de Jesucristo. Esta necesidad es intrínseca al misterio cristiano, y mucho más necesaria en los Catecismos que no siguen el esquema de la Historia de Salvación. En el último Catecismo publicado por la Iglesia católica se sigue la estructura tradicional: la profesión

de fe, la celebración del misterio cristiano, la vida en Cristo y la oración cristiana. Esta estructura se basa evidentemente en la Revelación cristiana, pero su tratamiento es más temático que histórico; por eso mismo, cada uno de los grandes núcleos de la fe cristiana debe hacer un esfuerzo mayor de relación y conexión con los otros. ¿Cómo se encuentra este aspecto en la parte cuarta sobre la oración? El primer párrafo que el Catecismo dedica a la oración expone cómo el cristiano cree, celebra y vive desde una relación viviente y personal con Dios; a continuación habla de la oración como don, alianza y comunión. El punto de partida es adecuado; con todo, la extensión y la profundización de cómo la oración cristiana se conecta en la vida con el Credo, la celebración y la moral no está suficientemente tratada. La puesta en evidencia de estas relaciones enriquece la comprensión y vivencia de la unidad del misterio cristiano.

3º *Desde el punto de vista bíblico*

Al hablar de la revelación de la oración en el A. T. y la llamada universal a la oración, se echa en falta un apartado sobre los «anawin», «el resto de Israel», los pobres de Yahvé y su oración llena de mística, fidelidad y esperanza. A partir de aquí hubiera sido mucho más fácil el entronque con algunas actitudes, oraciones y parábolas del N. T. En este sentido, falta en el Catecismo —al menos en este apartado de la oración—, un comentario oracional a algunos textos básicos en la Liturgia de las Horas y en la espiritualidad de la vida cristiana, tales como el Benedictus, el Magnificat y el Nunc Dimittis. El Magnificat se comenta brevemente en el n.º 2697 en algunos de los aspectos básicos de este cántico; desde la exégesis actual se podría haber enriquecido y ampliado el comentario oracional del cántico de María.

El Catecismo Belga incluye un índice de Plegarias intercaladas en los temas correspondientes; algunas de ellas son brevemente comentadas. Esta iniciativa podría haber enriquecido el catecismo, tanto desde el punto de vista de teología espiritual como de sugerencias pastorales y catequéticas.

4.º *La oración comunitaria y litúrgica*

En la segunda parte del Catecismo titulada «La celebración del misterio cristiano», se incluye en el capítulo segundo «La celebración sacramental del misterio pascual», en el apartado III *¿Cuándo celebrar?*, el tratamiento del tiempo litúrgico, el día del Señor, el año litúrgico, el santoral en el año litúrgico y la Liturgia de las Horas. El Catecismo hace constante referencia a S.C. De la Liturgia de las Horas se dice que «está estructurada de tal manera que la alabanza de Dios consagra el curso entero del día y de la noche» (S.C. 84). «Realmente es la voz de la misma Esposa la que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su mismo Cuerpo, al Padre» (S.C. 84). «La Liturgia de las Horas está llamada a ser la oración de todo el Pueblo de Dios» (n.º 1175). «La Liturgia de las Horas, que es como una prolongación de la celebración eucarística, no excluye, sino que acoge de manera complementaria las diversas devociones del Pueblo de Dios, particularmente la adoración y el culto del Santísimo Sacramento» (n.º 1178).

En la parte del Catecismo dedicada a la vida de oración se dice: «La Tradición de la Iglesia propone a los fieles unos ritmos de oración destinados a alimentar la oración de la mañana y la de la tarde, antes y después de comer, la Liturgia de las Horas. El Domingo, centrado en la Eucaristía, se santifica principalmente por medio de la oración. El ciclo del año litúrgico y sus grandes fiestas son los ritmos fundamentales de oración de los cristianos» (n.º 2698). El Catecismo, al hablar de la oración en los capítulos sobre el tiempo de la Iglesia, el camino de oración (contiene un párrafo titulado «en comunión con la Santa Madre de Dios») y la vida de oración, podría haber desarrollado mucho más el tema de la oración comunitaria y la oración litúrgica. Se afirma la importancia de la liturgia y se enumeran los aspectos de la misma en el citado n.º 2698; con todo, no se desarrollan mínimamente. Quizás esta falta de tratamiento más específico se debe a su desarrollo en la segunda parte del Catecismo: *Celebración del misterio cristiano*. Creemos que es una laguna que deberá ser subsanada por los catecismos que se elaboren con posterioridad. La relación armónica y complemen-

taria de la oración personal, comunitaria y liturgia es fundamental en la vida cristiana. El Catecismo afirma que el año litúrgico y las fiestas marcan los ritmos de la vida de oración de los fieles, pero no lo desarrolla como hace con otros aspectos de la oración cristiana.

5º *El Reino, las Bienaventuranzas y el Padre Nuestro*

Para introducir esta indicación partimos de un párrafo breve que está en la introducción del catecismo italiano «Señor, ¿a quién iremos?» Dice así: «El texto presenta a Jesús que se encuentra hombres vivos, con sus problemas concretos, en situaciones diversas: a todos les propone hacer juntos el camino».

El camino es largo y a veces fatigoso, pero vale la pena pagar este precio: Jesús «Camino, Verdad y Vida» (p. 2).

Con esta pretensión la primera parte del Catecismo italiano se titula «En el nombre de Jesucristo. La persona y la obra de Cristo». Los capítulos se suceden en este orden: El anuncio de Jesús: el Reino; El Reino es de los pobres; Pero yo os digo; Nos atrevemos a decir: Padre Nuestro; y «Convertíos y creed en el Evangelio». En este contexto del Reino se sitúan las Bienaventuranzas y la novedad del Reino: la manifestación del amor de Dios que ama primero y «carga con nuestra muerte».

Este contexto referencial para la oración del discípulo de Cristo no aparece con tanta claridad e importancia en el *Catecismo de la Iglesia católica*. Se habla de las Bienaventuranzas en cuatro números, pero no se hace un tratamiento en profundidad de las mismas en relación a la oración del cristiano. Al Reino se alude en diez números con una variada gama de expresiones: gracia del Reino, misterios del Reino, Reino próximo, búsqueda del Reino, orar por la venida del Reino de la justicia, Reino venidero desde el hoy, testigos del Reino, Festín del Reino, Reino ante nosotros y búsqueda del Reino.

Los números 541-556 hablan del Reino dentro del apartado sobre «Los misterios de la vida pública de Jesús» (1.ª parte del Catecismo). Sabemos que en el quehacer teológico postconciliar el tema del Reino de Dios ocupa un lugar preferencial y ha sido muy profundizado en todos sus aspectos. Esta riqueza que aportan los estudios bíblicos y teológicos no está suficientemente recogida en el Catecismo. Esto explica que en el tema de la oración, el Reino y las Bienaventuranzas no aparezcan con la centralidad e importancia que merecen. El anuncio del Reino por Jesús y su realización es inseparable de la oración de Jesús y de la oración de la Iglesia, sacramento de salvación para el mundo.

La petición del Padre Nuestro «Venga a nosotros tu Reino» (n.º 2816-2820) está bien explicitado desde el punto de vista cristológico y escatológico. Se afirma que el fruto de esta petición son las Bienaventuranzas, y el discernimiento «entre el crecimiento del Reino de Dios y el progreso de la cultura y la promoción de la sociedad en las que están implicados. Esta distinción no es una separación. La vocación del hombre a la vida eterna no suprime, sino que refuerza su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para servir en este mundo a la justicia y la paz (Cf. G.S. 22; 32; 39; 45; E.N. 31)» (n.º 2820).

A este número le faltan la enumeración de las claves para discernir el Reino y para construir el Reino en el mundo y la historia. En este sentido, las expresiones con que el Catecismo denomina el Reino, —y que hemos enumerado—, resultan acertadas teológicamente, pero un poco espiritualizadas teniendo en cuenta el conjunto del tratamiento del tema.

6.º *Las aportaciones de Santa Teresa al «camino de oración»*

En la Tradición de la Iglesia el comentario de los Padres, de Santo Tomás y de Santa Teresa al Padre Nuestro son punto de referencia casi obligada.

Santa Teresa escribe *Camino de perfección*; esta obra constituye una de las expresiones de la experiencia espiritual de la Santa. A lo largo de 73 capítulos va comunicando una doctrina completísima sobre la oración y de total actualidad. Muchas de las aportaciones de la Santa podrían haber enriquecido la parte del nuevo Catecismo dedicada a la oración. Me permito citar brevemente las más sugerentes:

- La Santa *ora desde la Iglesia* dividida por la Reforma y la Contrarreforma y en misión evangelizadora por América y Oriente. Teresa no es ajena a los problemas, luces y sombras que todo esto comporta.

Hoy también vivimos tiempos de postconcilio y «nueva evangelización». En ellos se podría haber situado el «camino de oración» del cristiano.

- El desde dónde de la oración son *los pobres que sufren*. La clave de lectura de Santa Teresa es también socio-política y como respuesta al hombre renacentista que empieza a vivir la modernidad. ¿Cuáles son hoy nuestras pobreza y cómo nos evangelizan los pobres en un mundo de postmodernidad?

- «*Encerrémonos con El y peleemos por ellos*» dice a sus hermanas. El sagrario, la cruz y un cuadro de Pablo evangelizando centran su oración. Rey, Reino, Reinado, Hijo, Señor, Rey, son términos frecuentes y fundamentales en sus escritos.

- *La fraternidad* como el mejor ámbito para la oración. La verdadera libertad es el «desasimiento», «las 'nadas'» (S. Juan de la Cruz) a las que se refiere *Mt. 10*. Dice Santa Teresa que hay que anteponer el amor a la libertad, como Cristo «hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz».

El que se da a los hermanos con amor gratuito tiene fácil el acceso a la oración. Amar al hermano «sin intereses», «dispuesto a sufrir» y «sin dominio».

- Para lograr *la verdadera libertad* hay que romper las demandas del cuerpo y «sufrir sin quejarse». «Dejaros toda en Dios, y venga lo que viniere» (16,5). Hay que romper también la opresión del espíritu («negarse a sí mismo») acogiendo en humildad y silencio las ofensas de los hermanos y «pasando desapercibidos». Ahí reside la novedad del Sermón del Monte (*Mt.* 5-7): amor humilde y amor humillado. La vida y la oración aparecen indisolublemente unidos.
- La *comunión de amor* es lo válido en la oración, «Darse todo al TODO para que El se dé todo en todo». Por eso Santa Teresa defiende la oración contemplativa como algo posible para todos los bautizados. Es posible porque es iniciativa del Señor; esta gracia se concede a la gente sencilla. El recogimiento como «sola mirada en Jesús» dejando de mirar otras cosas. Así «seremos arrastrados por los ojos de Jesús». Aquí reside la fuerza para la entrega y el riesgo: el sentirse mirados y amados por Jesús.
- Los capítulos 42 y 43 constituyen una de las páginas más logradas y hermosas de la mística cristiana: Teresa expresa su experiencia de orar el Padre Nuestro: silencio, escucha de la Palabra de Dios y decir el Padre Nuestro con Jesús mirando al Padre. De este modo comenta los grados de oración y el paso de la oración de recogimiento a la oración de quietud, caracterizada por la «entrega incondicional al Señor por su Reino».
- El comentario de Santa Teresa al Padre Nuestro expresa el camino de oración según los pasos siguientes, llenos de profundidad mística y de sugerencias de pedagogía espiritual:
 - *Mirar y aclamar*; «¡Abbá!», Padre. El Hijo que está con nosotros nos ayuda a descifrar el contenido y el alcance de Padre y Nuestro.
 - *Disponerse con paz y alegría*: «Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino». Esta comunión con el Hijo nos saca de nuestros egoísmos, nos da libertad en

pobreza y nos constituye en peregrinos hacia el Reino. Estamos en la «oración de quietud».

- *Acoger y darse*: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Es el núcleo de la oración; de esta experiencia hablará después Santa Teresa en las «Moradas». Jesús hace por nosotros esta petición, nosotros nos asociamos a El y nos disponemos a recorrer su mismo camino. Ante el Padre no hay diferencia entre Jesús y nosotros. (Cfr. las exclamaciones de 55,4).
- *Fortalecerse*: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy». Santa Teresa habla de la Eucaristía como viático hacia el Padre y Pan de futuro; es el don del Reino. La comunión eucarística es la unión más profunda con Cristo. De ella brota el deseo hecho súplica: «Ven, Señor, Jesús».
- *«Perdarse - perdonarse»*. «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido». Sólo el amor es capaz de perdonar, y se trata del amor de que habla 1 Cor 13. El origen de todo perdón es el amor gratuito, universal e incondicional del Padre.
- *Confíarse*: «No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal». Vivimos en comunión con el Hijo y seguimos siendo tentados por «la arrogancia», «la mediocridad» y «la seguridad de la salvación». A pesar de todo, estamos alegres y confiados, pues sentimos al que nos sostiene y nos sostendrá en el futuro. Esta confianza plena pide *esmerarse* para evitar todo lo que ofenda a Dios, por pequeño que sea. Esto es lo que más ayuda a avanzar por el «camino de perfección» una vez que se está en él. Es el momento de orar con «Vivo sin vivir en mí... (cap. 72) o «Veante mis ojos...».

Así *entregados y libres* (cap. 73) se puede ir a cumplir la Misión que el Señor Resucitado confió a su Iglesia.
AMEN.

A modo de conclusión podemos decir tras este análisis que la cuarta parte del Catecismo sobre la oración nos parece globalmente muy valiosa en todos sus aspectos, posee abundan-

tes aspectos psicopedagógicos y los catecismos que se hagan según cultura, edad o situación van a tener la tarea bastante facilitada, pues son pocos los aspectos que requieren matización o complemento. Con todo, hay algún aspecto significativo que no aparece explícitamente tratado en el Catecismo, como hemos reseñado en la valoración crítica.